

# DISCURSO DE CLAUSURA

EL REINADO DE JESUCRISTO EN MÍ

por

ABELARDO DE ARMAS ANÓN

Presidente de la Cruzada de Santa María



## DISCURSO DE CLAUSURA

### EL REINADO DE JESUCRISTO EN MI

Mis queridos amigos de la Ciudad Católica: la gratitud y el afecto que me unen con nuestro común amigo Juan Vallet de Goytisolo y gracias al apoyo de vuestra benevolencia, vengo aceptando durante unos cuantos años estos discursos de clausura, sintiéndome sincera y totalmente incapaz de hablaros y exhortaros. Pero desde que conocí, hace 31 años, al padre Tomás Morales (instrumento que Dios utilizó para mi conversión y con quien sigo trabajando aún), aprendí a no apoyarme nunca en mí sino en Jesucristo, que vive dentro. Desde entonces no me he negado nunca a nada que me hayan pedido por difícil que me pareciera, ya que todo lo hago (con palabras de Juan Pablo II) «en obediencia de fe a Cristo mi Señor». Apoyándome en esa obediencia de fe os dirijo estas palabras que, más que un discurso de clausura, pienso que son una meditación que hago en alta voz.

He venido escuchando las deliciosas conferencias que se han impartido a lo largo de todo el Encuentro. He asistido a los foros. He visto y he escuchado vuestras inquietudes. He sentido verdadera ilusión al ver aumentar el número de jóvenes en este vigésimo encuentro... Ahora es el momento de la realización completa: nuestro Encuentro no termina. Ahora es cuando comienza, porque considero que para un corazón católico, generoso, no debe haber otro fin de los trabajos que otros nuevos proyectos que conduzcan a nuevos trabajos por la extensión del Reino de Dios, que es la Iglesia, que es nuestra Ciudad Católica. Es el grito de más, más y más de nuestro Francisco Javier. Ahora es cuando comienza el Encuentro, cuando salgamos de este ambiente para dispersarnos, para penetrar en ambientes hostiles

siendo incomprendidos. Ahora empieza la verdadera batalla, que es la de los seguidores del Crucificado.

Hay algo que es evidente para todos los que estamos aquí: Nosotros tenemos que transformar la sociedad, las estructuras, tenemos que colaborar a la extensión de la vitalidad de la Iglesia, tenemos que enriquecer la familia, mejorar la política, el derecho, la economía, la diversión, todos los campos de la actividad humana. ¿Cómo lo haremos? Sencillamente, sabiendo que el Estado soy yo, la sociedad soy yo, las estructuras soy yo, la familia, la Nación soy yo, la diversión soy yo, es decir, que si yo no me reformo a mí mismo no habrá verdadera reforma por muchos debates y por muchas discusiones que tengamos aquí.

Pero yo os preguntaría a vosotros (cristianos convencidos que estáis aquí), ¿qué pensáis en estos momentos de vuestra santidad? ¿Habéis renunciado ya a ser santos, es decir, a dejaros transformar totalmente en Cristo? ¿Habéis renunciado a esto? Estáis aquí personas de todos los estados: religiosos, sacerdotes, seculares comprometidos —unos célibes por consagración a Dios, otros solteros, otros casados—. Todos estamos llamados a la santidad. Pero, ¿cómo véis vosotros la santidad? ¿La véis posible, asequible?, o bien ¿habéis renunciado a ella? Si queremos realmente extender el Reino de los cielos, nosotros no podemos renunciar a la santidad. Tenemos que reaccionar contra esa visión laicista de la santidad que nos hace ver que es imposible.

Hace un mes, aproximadamente, estaba fuera de Madrid y un muchacho de los que hablan conmigo, universitario, me escribía una carta diciendo: «Abelardo, ¡te odio! —me lo decía en un plan cariñoso—. Te odio porque me hiciste ver un día la santidad como algo al alcance de la mano, como algo fácil y luchando por esa santidad, cada vez me encuentro más lejano. La otra noche estaba mirando, en el jardín de mi casa, el cielo estrellado. Las estrellas brillaban tanto que me parecía estaban al alcance de mis dedos. Pensé que casi colocando una escalera, si la pudiera apoyar en el cielo, las alcanzaría. Luego me di cuenta que era todo un sueño y me dije, ¡qué ilusión más absurda! Pensé que eso era también para mí la santidad: me la pusiste tan

al alcance de la mano que yo creía que era como las estrellas. Ahora veo que no puedo y estoy por renunciar a ello».

Yo le contesté diciendo: «Tienes una visión laicista de la santidad. Crees que la santidad es algo que vas a conseguir tú, pero no es así. El Dios que todo lo puede, puede apartar entre sus brazos hasta las estrellas o las puede bajar a tu corazón. Tú puedes alcanzar la santidad».

Todos los que estamos aquí podemos ser santos, tenemos que asimilar esa convicción plena, sentida, profunda. ¡Puedo ser santo! Es el designio de Dios para mí. «Nos eligió, antes de todos los siglos —nos dice San Pablo en su carta a los efesios— para ser santos, e inmaculados en su presencia» (1). Nos eligió a todos conforme al designio puesto en ejecución en Cristo Jesús. Aquí es donde instintivamente nos detenemos porque el designio puesto en ejecución en Cristo Jesús terminó en la Cruz. Todos nuestros proyectos de estos días, cuando llega el momento de realizarlos se detienen en un obstáculo: la Cruz. Somos seguidores del Crucificado: iremos a la Cruz. Aquí es donde nos frenamos, y aquí es donde quisiera exhortaros para que tengáis delante la figura de Jesucristo Rey.

¿Cómo ha reinado este Rey? En el momento de la Anunciación, el ángel le dijo a María: «Este será grande. Será llamado Hijo del Altísimo. Reinará en la Casa de David, su Padre, y su Reino no tendrá fin» (2). Ciertamente que no ha habido grandeza humana mayor que la del Verbo encarnado por su sometimiento a la voluntad del Padre. Su naturaleza humana ha sido asumida de tal forma por la naturaleza Divina que ha alcanzado la plenitud en persona Divina; y nosotros tenemos que imitar a ese Jesús.

El humanismo cristiano es el humanismo más perfecto. Cuando nosotros enseñamos a nuestros jóvenes y a nuestros mayores que la santidad es identificarse, injertarse con Cristo —injerto

---

(1) Ef. 1, 3-15. Auténtico himno de alabanza a Cristo Jesús. Recomendando su lectura y meditación.

(2) Lc. 1, 32-34.

que no se hace sin derramamiento de sangre—, queremos decir que somos asumidos por un Dios que San Agustín dice tiene un nombre, Jesús, y un apellido, gigante. Gigante en su talla humana y gigante en su talla divina. Cuando el hombre se deja absorber por Jesucristo alcanza la plenitud de la humanidad. Esto es lo que tenemos que enseñar a nuestro mundo. El humanismo cristiano es lo más grande que puede uno apetecer, y ese ideal es el que tiene cualquiera inscrito en su corazón, ese corazón que todavía es sacro porque el alma humana es naturalmente cristiana, nos decía Tertuliano. Esta sociedad en la que nosotros estamos inmersos y que se define como secularista o secularizada no está tan secularizada como se nos hace ver. Todavía podemos dirigirnos a las masas y encontrar en ellas un sentimiento sacro. Siempre hay un asidero en el corazón humano, un punto por donde cogerle: Fue creado por Dios y para Dios. No está tan secularizada la sociedad como nosotros creemos. Nos rendimos de antemano, pero podemos hablarle de Cristo. Tenemos mucho que decirle, lo que sucede es que hay que predicarle a Cristo viviéndolo, porque esta sociedad está ahíta de palabras y necesita vida.

Cuando vea a Cristo encarnado en otra persona, entonces le seguiré.

¿De dónde sacar fuerzas para dar testimonio?, pues de Jesucristo Rey. Hay una imagen que me la presento en muchos ratos de oración, siempre que tiendo al desaliento. En el capítulo 19 de su Evangelio, San Juan nos narra aquella escena cuya contemplación sirvió para arrancar la conversión definitiva de Santa Teresa de Jesús.

Es sacado Jesús por Pilatos al *litóstrotos*. La nueva traducción que la Iglesia ha puesto —a mi juicio muy acertada—, dice que Pilatos sacó afuera a Jesús y «le sentó» en el Tribunal —antes leíamos «se sentó Pilatos en el Tribunal»—. Parecía obvio que tratándose de dar la sentencia, el procurador se sentase en aquel Tribunal que representaba el lugar desde el que se iba a administrar la justicia en representación del emperador de Roma, Tiberio; pero la nueva traducción ha puesto, «le «sentó» —a

Jesús— en el Tribunal. El verbo *ekázisen* que se emplea ahí puede ser voz activa o transitiva. Todo el contexto nos hace ver que Pilatos está derrotado por la masa, y queriendo evadirse mediante la broma, la burla, la ironía con Aquél que tiene delante: «Le sentó en el Tribunal».

Las excavaciones realizadas en 1947 por un arqueólogo norteamericano nos permiten una perfecta contemplación de sabor ignaciano. Fueron descubiertas la Torre Antonia y el Arco del Ecce Homo. Se hicieron más excavaciones y se desenterró el *litóstrofos*, lugar enlosado con losas en forma de un tablero de ajedrez. Tienen éstas esculpido un león y debajo el número diez: Legio décima —la legión romana que hizo aquel trabajo—. Un patio grande. En aquel patio, el *litóstrotos* —en hebreo *Gábbata* o altura—, elevado mediante unas escalinatas está Jesús. Contemplad allí una masa vociferante que estaba de pie. Si la flagelación se hizo ante una cohorte —seiscientos soldados—, ¿cuántos soldados estarían allí, al pie de la escalinata, protegiendo al procurador de la posible agresión del pueblo? En un trono, Jesús. Ha sido sacado fuera. Es un Rey y así lo va a presentar Pilatos: «Aquí tenéis a vuestro Rey». Pero la corona de este rey es una corona de espinas. El manto es un trapo sucio, rojo, que se ha puesto sobre un cuerpo destrozado. El cetro que tiene en las manos es una caña. Este es el rey que les presentó: «He aquí a vuestro Rey».

- El pueblo gritó: «¡Fuera!, ¡quítale de delante!».
- «¿Qué haré con vuestro Rey?»
- ¡Crucifícale!
- ¿A vuestro Rey he de crucificar?»
- No tenemos Rey —respondieron— sino César.

Pensad en esta imagen preciosa: sentado Jesucrito en el Tribunal. ¡Es el Tribunal desde el que se imparte justicia! Jesús está allí en silencio, pero sentado en el Tribunal del Emperador, en el Tribunal que representa al *Imperator*, Señor de Vida y Muerte.

Está siendo juzgado y condenado, pero, El, a su vez, perdida la mirada en la masa, contempla todas las generaciones, todos los tiempos, cada una de las personas, cada uno de nosotros, y nos está juzgando, a su vez, mientras está escuchando: ¡fuera!, ¡fuera!, ¡quítalo de delante!

No es el pueblo judío el que quiere quitarlo de en medio Soy yo el que muchas veces deseo quitarlo de delante. La escena se repite saltando los siglos. Crucificamos a Cristo porque El no es nuestro Rey. No tengo otro Rey que la ambición, que el dinero, que el placer, que mi propia voluntad. Pero tú, ¿no te comprometiste en seguimiento de este Rey? ¡Quítale de delante! —me contestas una y otra vez—. Este rey no me interesa. Esto que nos puede parecer exagerado lo realizamos también nosotros cuantas veces renunciamos a la santidad.

Se ha dicho aquí, y es cierto, que en un momento determinado podríamos dar la vida por Jesús, pero ¡qué trabajo nos cuesta dar los fines de semana! ¡Qué trabajo nos cuesta entregarnos a los demás, dar nuestro tiempo —el tiempo es vida—! ¡Nadie ama más que el que da la vida por nosotros, por sus amigos! Cuando dedicamos tiempo a otras personas, le damos de nuestra vida. Pero solemos afirmar con frecuencia que no tenemos tiempo, ni siquiera para ese prójimo, el más próximo a mí: el Jesús del Sagrario. ¿Cuánto tiempo dedico yo a estar delante de Jesús, del Sagrario, de donde tengo que sacar la fuerza para mi vida? Me duele muchísimo —y perdonadme os lo diga— asistir a las Misas de estos Encuentros y ver que os lleváis a Cristo dentro sin hacer una acción de gracias suficientemente prolongada. Si nosotros no tenemos vida interior, ¿qué vamos a predicar a los demás? ¿Qué Cristo vamos a dar a los que nos rodean? Aquí está el fracaso de nuestro catolicismo: hemos renunciado al seguimiento de Cristo crucificado, a ir en su compañía íntima y estrecha, dejándonos invadir totalmente por El como por un cáncer que trata de posesionarnos íntegramente, pero no para aniquilarnos, sino para transformarnos en El. Esta transformación llega poco a poco, llega con el dolor: cuando intentas cristianizar la sociedad, los ambientes en los que te desen-



vuelves (la sociedad de vecinos, el centro de estudios, la junta de profesores, tu empresa o tu facultad) y te manifiestes como eres, dando un testimonio cristiano, vendrá la ironía, la soledad, el aislamiento, el motejamiento. Entonces es cuando renunciamos a la santidad. Se nos presenta Cristo delante, perseguido, desgarrado y volvemos a decir lo que los judíos: ¡Fuera! ¡Quítale de delante! ¡Este no es mi rey! ¡El de la multiplicación de los panes sí, pero éste no!

«Todas estas cosas os he dicho para que cuando sucedan veáis que soy yo», había dicho El en la última cena. Cuando venga sobre ti una contrariedad, una enfermedad, una incompreensión, cuando caiga sobre ti el peso de tus propias miserias que te atan a la tierra, debes entender que es El. ¿No hicisteis Ejercicios acaso en un tiempo más o menos cercano? En aquella contemplación del rey temporal hacíais un ofrecimiento. Oísteis a Cristo, Rey universal, decir: «Mi voluntad es conquistar todo el mundo y todos mis enemigos y así entrar en la Gloria de mi Padre. Por tanto, quien quiera venir conmigo ha de trabajar conmigo, para que siguiéndome en la pena también me siga en la Gloria». A este llamamiento dice San Ignacio: «Los que más se quieran afectar, no solamente darán todas sus personas al trabajo, sino que luchando contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano harán oblación de mayor estima diciendo: «Eterno Señor de todas las cosas, hago mi oblación con vuestro favor y ayuda delante de vuestra infinita bondad y de vuestra Madre gloriosa y de todos los Santos y Santas de la Corte Celestial, que quiero y deseo y es mi determinación deliberada, de seguiros en pasar toda injuria y todo vituperio y todo desprecio y toda pobreza tanto actual como espiritual siempre que sea en tu mayor Gloria y alabanza, queriéndome vuestra santísima Majestad elegir y recibir en tal vida y estado». Hicisteis un día esta contemplación. Le pedisteis: Señor, elígeme para tal vida y estado, que llegue a vivir no solamente en una pobreza espiritual, con un desprendimiento afectivo de las cosas, sino, si es tu voluntad, en una pobreza actual, con un desprendimiento efectivo —no sólo afectivo— de mis bienes. ¿No hicisteis esta

entrega? ¿No comprendísteis que la voluntad de Dios para conquistar todo el mundo era esa? ¿Por qué después ambicionáis éxitos y no queréis abrazaros con el fracaso? El seguidor de Cristo, por ventura, ¿no es necesario que padezca todas estas cosas para así entrar en la Gloria? Hay que pasar por la cruz de Jesús. ¿Por qué renunciamos a la cruz? ¿Por qué buscamos los éxitos? Si El no pide éxitos, sino que luchemos. Hay que seguirle a El puesto en la cruz, reducido a pobreza, y esta reducción a pobreza la tiene que hacer contigo, conmigo y con todos los miembros de su Cuerpo Místico.

Esta reducción a pobreza acaba de hacer con nuestro actual Pontífice Juan Pablo II.

Soñaba él con transformar la Iglesia. En dos años y medio, ¡lo que había realizado! ¡qué esperanzas para todos nosotros! De repente, un 13 de mayo, una pistola manejada por un asesino, pero teledirigida por un cerebro internacional bajo la voluntad permisiva de Dios, reduce a nuestro Papa a cinco meses de dolorosos ejercicios espirituales. El Papa ha palpado su pequeñez, quedando reducido a su impotencia. Ha tenido mucho tiempo para pensar en su soledad. ¿Qué ha pretendido Dios con esto? Ha pretendido dejar este instrumento perfectamente preparado, mucho más útil. Era preciso que el Papa de las multitudes anduviese en humildad, en estricta humildad, porque la Cruz es humildad y la humildad no resiste el orgullo. ¡Juan Pablo II, humilde ante su Dios! Pero, ¿cómo reaccionó desde el primer momento? A los pocos días, en su primer mensaje comunicando ya el perdón a sus asesinos dijo: «A tí, María, te lo repito ¡Todo tuyo!» sí, verdaderamente Juan Pablo II ha madurado mucho en pocos días. Ha entendido ese «Todo tuyo» que tiene puesto en su lema episcopal, que es la enseña de su vida. El se había ofrecido a la Virgen como todo suyo. Ahora llegaba el momento de demostrarlo pasando de una pobreza espiritual, afectiva, a una pobreza actual, efectiva. Inmóvil en un lecho, no puede hacer nada, viendo todas las posibles transformaciones que se podrían realizar en la Iglesia con su acción, y, sin embargo, se ve al borde de la muerte. Juan Pablo II repetía

una y mil veces: a tí, María, te lo repito: ¡Todo tuyo! Tú me quieres así. Yo no me escandalizaré, porque ésta es la voluntad de Jesús, mi Rey. Me abrazo a El.

Esto es lo que tenemos que hacer nosotros en todos los momentos de nuestra vida. Hemos de salir de este Encuentro, decididos a que Dios nos lave y nos purifique. Recordad el Evangelio de San Juan. En la noche en que iba a ser entregado, como hubiera amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Acabada la cena, como ya el diablo hubiera puesto en el corazón de Judas que le entregara, sabiendo que todas las cosas se las había entregado al Padre en sus manos, y que de Dios salió y que a Dios volvía, se levantó de la mesa, —¡el Hijo de Dios!—, se ciñó con una toalla y se puso a lavar a los discípulos. Al llegar a Pedro, éste se opuso: «¿Tú a mí lavarme los pies! Nunca jamás». El Señor le dirá: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, lo entenderás después: Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo». Díjole Pedro: «Señor no solamente los pies sino también la cabeza y todo el cuerpo». Respondióle Jesús: «El que está limpio no necesita ser bañado sino sólo los pies y vosotros estáis limpios, aunque no todos» (porque conocía quién era el que le iba a entregar) (3). Esto que está haciendo Jesús con ellos (esta función de lavarlos los pies, propia de esclavos), la entienden tan perfectamente los apóstoles que no admiten que lo haga el Maestro. Sin embargo, no han penetrado en su más profundo significado: que es necesario que Dios haga esto con nosotros, porque así como los pies son aquella parte del cuerpo que está en contacto directo con el suelo y no se pueden evitar las adherencias del polvo, a nosotros, aunque aspiremos a la santidad, también se nos pega siempre el polvo de la vanidad humana descando siempre poner nuestros criterios personales por encima de los demás (aquí está una de las claves de la desunión de los católicos. Buscamos más mantener nuestra postura que la de la voluntad Divina).

---

(3) Jn. 13. Todo el capítulo es sublime.

Dios tiene que quitar la soberbia de nuestras vidas y esto solamente lo podrá hacer purificándonos con el sufrimiento.

Terminado esto les dijo: «Vosotros me llamáis el Maestro, el Señor (el *Kirios* —palabra que los cristianos primitivos renunciaban a darle al Emperador, porque era atributo de divinidad—), y decís bien, pues lo soy. Pues si yo, vuestro Maestro y vuestro Señor, os he lavado los pies —segunda lección— vosotros tenéis que lavaros los pies los unos a los otros, porque estas cosas os he enseñado para que cuando sucediere veáis que soy Yo y entonces bienaventurados seréis si lo hiciéreis».

Tenemos que desear los cristianos estar en el último lugar. Tenemos que llamar amigos a nuestros enemigos porque El así nos amó. «Nadie ama más que el que da la vida por sus amigos». Y dice San Juan Avila: «¿Cómo amigos, si éramos tus enemigos? Lo dices, Señor, porque muriendo por nosotros, transformaste los enemigos en amigos». Tenemos que amar a todos, tenemos que dejar a Jesús mirar a nuestros enemigos con sus ojos, con su mirada. Amar con su corazón, acariciar con sus manos, caminar con sus pies. Dejarnos transformar por El. Esto es lo que necesita el mundo de hoy, la sociedad actual en la que estamos inmersos. A esto creo que nos invita este Encuentro de la Ciudad Católica, mis queridos amigos: a no renunciar a la santidad, a abrazarnos a este Jesús, a aceptarle siempre que llame a nuestra puerta: ¡es el Señor!

Estamos en unos momentos deliciosos de la Historia. Faltan diecinueve años para la finalización del segundo milenio. Estamos viviendo un Pentecostés —como nos lo anunció Juan Pablo II— que durará todos estos años que nos separan del fin del siglo. El Espíritu Santo, en este Pentecostés, está suscitando muchas almas generosas. Aquí estáis personas de muchas edades, pero en estos momentos me dirijo más a los jóvenes, porque sois los responsables del mañana. Quedan diecinueve años nada más para que finalice el siglo —aunque a vosotros os parezcan lejanos, están ahí mismo—. Mañana, dentro de diecinueve años, la población del globo se habrá casi duplicado. Los cuatro mil millones de habitantes que hoy pueblan la tierra se habrán con-

vertido en siete mil millones de seres, de los cuales tres mil quinientos millones —casi tantos como el total mundial hoy— serán menores de 20 años. ¿Quiénes van a ser los conductores de esa juventud? Os corresponde a vosotros, los que ahora os encontráis entre los 15 y los 30, ser sus guías. En vosotros, hombres maduros entonces, pondrán los ojos y la mirada miles de jóvenes a los que tendréis que dar una ilusión que habréis adquirido en diecinueve años de lucha y de sufrimiento, en diecinueve años de sangrar —porque no hay redención sin efusión de sangre—, pero manteniendo siempre la ilusión de que hay otro que vive y que padece en mí. La sangre del Cuerpo Místico, dice San Agustín, es la sangre que Jesús sudó en Getsemaní, que se perpetúa para siempre, que manará a raudales en la Iglesia, hasta el final de los tiempos. La Iglesia soy yo. Compartiendo mi dolor con Jesús de Getsemaní me siento contento, siento el gozo de hacer algo útil dejándome manejar y sufrir por El, que es la Libertad.

Abrazarse al sufrimiento por amor a Cristo es lo que hay que enseñar a esta juventud sedienta de heroísmo. Eso es lo que hago yo con esos muchachos a quienes llevo dedicados treinta años de mi vida. Os cuento, para terminar, unas pocas anécdotas para que nos encendamos en ilusión. Fuera pesimismo. No estamos luchando nosotros. Lo hace directamente el Espíritu Santo.

De un mes a esta parte me he encontrado con estas experiencias: Estoy de visita en uno de los Carmelos de Madre Maravillas (4), en Mancera, y me encuentro con un matrimonio. Les pregunto por su hijo (porque le había conocido el año pasado). Su madre me vuelca su preocupación porque le encuentra siempre muy aislado. «El caso es que es formidable —me comenta—. Fíjate lo que me ha dicho el otro día: «Mamá yo quiero vivir siempre puro».

Viene el chico hacia mí.

— ¿Qué tal Carlos? ¿Te acuerdas de mí?, le preguntó.

(4) Madre Maravillas de Jesús, carmelita descalza, fallecida el 11-12-1974, fundadora de 10 conventos de carmelitas descalzas.

— Sí, del año pasado.

— ¿Cómo estás, qué haces?

Me cuenta el curso, los resultados académicos.

Me dice tu madre, —le digo—, que vives un poco aislado, ¿es verdad? A lo mejor es que no te atrae el ambiente de los amigos que tienes, no te gustan sus conversaciones, te sientes hecho para cosas más grandes.

Hablamos muy poco tiempo.

Dos días más tarde estoy en Duruelo y vienen los padres del muchacho acompañando a un sacerdote que va a celebrar la misa. Me dice la señora: ¿Qué hiciste con mi hijo?

— Nada, le respondí.

— Pues ahora todos los días ayuda en la Misa de las Madres Carmelitas, por la tarde pide la llave y se pasa un rato allí haciendo oración.

Otro caso, Estoy este verano en Villagarcía de Campos con un grupo de unos 90 muchachos en convivencias, pero a mi corazón no le bastan esos 90 chicos. Hay otros del pueblo, por allí. Un día, mientras se juega un partido de fútbol, se sienta a mi lado uno de esos muchachos. Ha venido varias veces a conversar conmigo. Le cuento chistes, bromas, hablamos. Como lo tengo tan próximo afectivamente, le pregunto un día:

— ¿Tú, para qué estudias?

— Pues hombre ... para aprobar.

— ¿Nada más que para aprobar? Querrás alguna cosa más.

— Sí, contesta él.

— ¿Qué vas a hacer cuando acabes el C. O. U.?

— Filosofía.

— ¿Y para qué vas a hacer filosofía?, le pregunto.

— Pues ... quiero ser sacerdote.

— Y ¿sabes a lo que te expones?

— Creo que sí.

— ¿Se lo has dicho a alguien?

— No. Aquí en el pueblo no se lo digo a nadie, porque no me entenderían.

— ¿Vives en gracia? ¿Luchas por mantenerte puro?

— Sí.

— ¿Sabes que tienes que guardar la castidad de cuerpo y de alma para toda la vida?

— Hasta ahora, me dice, no la he manchado nunca.

El día siguiente era el día del Dulce nombre de la Virgen. Estoy en un festival —homenaje que solemos hacer a los Padres de la Compañía de Jesús—. En aquel festival, no estaban nada más que los miembros de mi Institución y los Padres de la Compañía. De repente veo al chico que está allí. No acierto a explicarme cómo se ha «colado». Termina el festival, y salgo por los jardines. Volví a verle, le llamé y le pregunté ¿qué te ha parecido el festival?

El festival estaba todo dedicado al 25 aniversario de mi Institución, habíamos proyectado unas diapositivas y unas películas con todas las actividades desarrolladas en estos 25 años.

— Me ha gustado muchísimo, responde él.

— ¿Te gustaría ser de los nuestros?

— Sí.

— Pero somos muy exigentes.

— No importa.

— Lo malo es que ya no podrás ser de los del 25 aniversario.

— Bueno, me contestó, las bodas de oro siempre son mejores que las de plata. Yo seré de los de las bodas de oro.

El domingo pasado voy a jugar al fútbol con un grupo de muchachos. Uno de ellos se cae en un momento del partido, se retuerce en el suelo de dolor. Le llevamos a la Clínica de la Concepción y nos informan los médicos de una fractura de tibia

y peroné y esguince de tobillo ... A la noche, paso por su habitación.

— Le pregunto: ¿ofreces el dolor?

— Sí

— Te veo muy contento, será por ofrecer el dolor.

— Sí, es que todo lo ha hecho la Virgen.

— ¿Cómo que lo ha hecho la Virgen?

— Sí, porque en la tanda —había terminado una tanda de Ejercicios conmigo hacía cuatro días—, en la meditación de los pecados, le pedí a la Virgen que antes de que un hermano mío de catorce años cometiera un pecado mortal, me partiera a mí una pierna.

— Pues te ha dado la respuesta. Estarás satisfecho, ¿no?

— Por eso estoy contento.

— Cuando odias tanto el pecado mortal, ¿tú cómo vives?

— No tengo conciencia de haberlo cometido en mi vida.

Al llegar a Madrid después de tres meses de ausencia, vienen dos chavales a verme. Entran a saludarme (yo todas las tardes dedico cinco horas, en una especie de confesonario laico, a estarme sentado recibiendo chicos. Saben que todas las tardes estoy allí). Les pregunto cómo han pasado el verano. Muy bien, estupendamente, me contestan. Me van contando experiencias. Se han mantenido en gracia. Uno de ellos me dice: «guardo mi castidad como un tesoro que quiero ofrecérselo a Dios sin violarlo jamás».

Son botones de muestra. ¿Me suceden estas anécdotas solamente a mí o hay en estos momentos un movimiento del Espíritu Santo mucho más amplio de lo que nosotros creemos en todas las partes del mundo? Nos estamos acercando a este Pentecostés de final de siglo, a este Pentecostés que se ha iniciado con la conmemoración del 1600 aniversario del Concilio Primero de Constantinopla y 1550 de Efeso, y que el Papa ha regado con sangre martirial, un Pentecostés excepcional que se prolonga hasta el año dos mil. Aparece una juventud que está aquí entre nosotros mismos con verdaderos deseos de santidad, y nosotros, los adul-



tos, más hechos que ellos, tenemos que ilusionarles con la santidad, mostrándonos contentísimos de vivir el momento actual para poder dejar a Jesús que comparta este injerto de sangre en nosotros.

Mis queridos amigos: no tengamos miedo. Abrid las puertas de par en par a Jesús. Nos dijo Juan Pablo II al tomar posesión de su Pontificado: «El conoce lo que hay en el interior del hombre. ¡Abrid las puertas a Cristo! No tengáis miedo a la exigencia y presentad ideales valientes a las personas que estén a vuestro alrededor». El corazón humano está hecho para esto y responde: ¡Hacedlo sin miedo! Entregaos vosotros. Hay mucho más tiempo todavía del que creemos en nuestras vidas (aunque estemos excesivamente ocupados) para dárselo primero a Jesús y después a nuestros prójimos. Hacedlo en este día de la Virgen del Pilar. Ella se apareció en carne mortal a Santiago cuando se encontraba en la desconfianza, en la desgana, en el desaliento, a orillas del Ebro. Que ella se nos aparezca a cada uno de nosotros en esta finalización de un Encuentro, que es ahora cuando comienza ¡No tengáis miedo!

Termino con un canto de una religiosa carmelita de estos conventos que he visitado, una mujer a la que he visto (porque la he acompañado al hospital) inmolarsé en el dolor y, sin embargo, siempre con una sonrisa en los labios, sin un rictus de dolor en el rostro. Ella ha compuesto una canción que me cantaron sus monjas, dice así:

«Grande es Señor tu ternura  
para con tus criaturas;  
y hasta el débil pajarillo  
que rodea su Señor  
se recrea en las caricias  
que le prodiga tu amor.  
Y cuando a uno entre todos  
mitas con predilección,  
le cobijas en tu mano  
y acercas al corazón.

Allí muy suavemente  
 le haces escuchar tu voz,  
 voz de tan dulces acentos  
 que no se pueden decir,  
 melodías sin sonido  
 que sólo es para sentir.  
 Entonces, muy confiado  
 el pajarillo se está,  
 nada de cuanto sucede  
 a él le puede inquietar.  
 Está en tu mano y le amas,  
 ¿qué más puede desear?»

Estamos en las manos de Dios. Nos ama. «Lo sabe todo, lo puede todo, me ama» (5). ¿Qué más puedo desear? Confíad y salgamos de este Encuentro apoyándonos en Aquél que nos tenderá la mano, si hemos caído, para levantarnos. En quien tendremos que apoyarnos para no caer, en Aquél que se ha clavado en una cruz por nosotros. «En cruz tenemos que vivir y en cruz tenemos que permanecer» (en cruz nos amó y en cruz nosotros tenemos que devolverle amor) y «no descender de esa cruz aunque se nos diga que será muy provechoso el descendimiento» (6), porque ahí es donde se hace la salvación del mundo. De esto es de lo que no podemos desertar ninguno de los cristianos y ninguno de los creyentes, y mucho menos los amigos de la Ciudad Católica. Aceptad la cruz cuando venga. Pero para eso, ¡qué visión de fe tan grande hemos de tener! Siempre viene por los caminos más insospechados. Pero no temáis: Ahí, en la cruz, está El con su mano divina, paternal, maternalmente padre —como nos dice San Francisco de Sales—, acariciándonos, cobijándonos. Si estamos en su mano ¿qué podemos temer?, ¿qué más podemos esperar?, ¿qué otra cosa debemos desear?

Muchísimas gracias, mis queridos amigos.

(5) Juan de Avila. Epistolario.

(6) *Ibid.*